

plaza donde tantas obras de arte se habían incinerado antes. Y donde, en alguna forma, la rígida pirámide de privilegios monárquicos se buscaba transmitir a América en la fórmula real con que a Colón se le otorgaban:

todas las honras y gracias y mercedes y libertades, preeminencias, prerrogativas, esenciones, inmunidades y todas las otras cosas y cada una de ellas que por los oficios de Almirante y Virrey y Gobernador debes haber y gozar y vos deben ser guardadas.

Quizá por ella a este Vasco Núñez de Balboa, alzado, y primer alcalde elegido por voto popular en América, le cortaron la cabeza. En todo caso, y gracias a un difunto, Germán Arciniegas, han resucitado estos muertos en este reencuentro encantador en torno a la mesa de una taberna. La historia es un cuento, y nadie mejor que Arciniegas para narrárnosla de nuevo¹.

JUAN GUSTAVO
COBO BORDA

1. El centenario del nacimiento de Germán Arciniegas ha suscitado una valiosa revisión crítica de su tarea, mediante el *dossier* que le ha dedicado la revista *Historia Crítica*, núm. 21, Universidad de los Andes, Bogotá, enero-junio de 2001, con siete artículos, y *Credencial Historia*, núm. 131, noviembre de 2000, también de Bogotá, con cuatro contribuciones.

Enano, demasiado enano

Memorias enanas

Elkin Obregón

Colección Celeste, Editorial

Universidad de Antioquia, Medellín, 2000, 62 págs.

Elkin Obregón fue conocido inicialmente, hace unos veinticinco o treinta años en Medellín, como carica-

turista del periódico *El Colombiano*. También en casas de ciertos amigos podía verse tal cual acuarela que nos señalaba que, aparte del oficio de caricaturista, ejercía el de pintor. Más tarde conocimos sus dotes de traductor. Si no estoy mal, lo primero que tradujo del portugués fue un pequeño volumen con poemas de poetas brasileños, Manuel Bandeira entre ellos. Más adelante se supo de su traducción de las novelas de Nérida Piñón. Pero salvo unas crónicas publicadas en la década de los ochenta, en *De Paso*, un libro colectivo dedicado a este género cuyas páginas compartía con Víctor Gaviria, Iván Hernández y Elkin Restrepo entre otros, no teníamos noticia de que fuera escritor. Parece ser que en los días de la navidad del año noventa y nueve, al quedarse durante una temporada solo, pues sus habituales amigos habían salido de vacaciones fuera de la ciudad, Obregón se compró un cuaderno escolar y un lápiz y se sentó a escribir —aprovechando los días apacibles de fin de año— sus recuerdos de infancia. Según sus propias palabras, nunca había pasado unas mejores vacaciones, ni más baratas: cerca de dos mil pesos. El resultado es un pequeño volumen de 62 páginas en el que aparecen veintisiete textos breves, ninguno de ellos de más de dos páginas, en los que van pasando, deshilvanadas, sus memorias.

suscitan en el lector las ganas de escribir, pues aunque no se tenga el talento necesario para urdir grandes zagas en las que esté cifrado todo el destino humano, aunque estemos desprovistos de la agudeza para desentrañar las claves de la existencia en episodios heroicos, todos tenemos historias de nuestras vidas, recuerdos, memorias, que sin duda merecen ser narradas, dando por descontada, claro está, una mínima destreza necesaria.

Ajenas a la sensiblería con la que suelen mirarse los hechos de nuestros primeros años, estas páginas escuetas están cargadas de un tono evocador y amoroso. Es obvio que hay pasajes crueles y duros —porque la infancia es así— como el del niño de *El culpable* que se orina en clase y a quien la maestra humilla ante todo el curso y que después, como una sutil revancha, aparece como un ser superior, pues es visto rumbo a sus clases de violín cargando el estuche con el instrumento. Esos mínimos incidentes del colegio son los que a nuestros ojos de adultos se nos revelan como las escenas definitivas sobre las cuales la vida tejerá insospechadas variantes, pues en el colegio “conocemos por primera vez al mezquino, al hipócrita, al noble, al astuto. También al gracioso, al tonto, al que por alguna razón o sin ella nos inspira afecto o rechazo: son nuestros condiscípulos, y



Los libros de memorias son de diferente índole: los hay dolorosos y desgarrados, los hay pedantes y pretenciosos, los hay amenos, entretenidos e incluso, creo, abundan los bobalicones. Pero creo que todos

también, quizá en menor escala, nuestros profesores. Todo está allí, hemos entrado sin remedio a la vida. Los años no harán otra cosa distinta que desplegar, con luces y sombras, ese abanico”.

En este tono encantador van apareciendo el abuelo, el tío Jorge, los vecinos rusos, el viaje a Cartagena, los primeros amores con la vecina de la finca, las primeras lecturas. Es un tono en el que, si bien hay reflexión, se nos exime de la enseñanza moral. Este libro tiene alguna cercanía, y es de cierta forma un homenaje a *La gloria de mi padre*, el inolvidable relato de memorias del escritor francés Marcel Pagnol; incluso en alguna de estas breves prosas, al hablar del padre, lo nombra con el título mismo de este libro.



El género de estos textos es impreciso (si es que hay algún género que sea preciso): pueden ser crónicas, pueden ser poemas en prosa, pero son esencialmente eso: memorias, retazos, fragmentos, recuerdos de una vida. El problema es que el lector queda con ganas de más, pues este libro es enano, demasiado enano. Se me dirá que no se debe pedir extensión o brevedad a los textos que ya están. Pero yo creo que sí, que habría que decirles a todos los amigos de Elkin Obregón que lo abandonen, que lo dejen solo, que no

vuelvan a llamarlo por teléfono, que no lo inviten a fiestas ni a paseos, y que deslicen en su mesa algunos cuadernos nuevos y unos cuantos lápices. Los lectores de Obregón sabremos agradecerse a todos ellos.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

Mujer excepcional y polémica

Laura Montoya. Una antorcha de Dios en las selvas de América

Carlos Eduardo Mesa Gómez
Cargraphics, Bogotá, 1999, 809 págs.,
fotografías y mapas

Nos encontramos en este libro de frente con la biografía de una mujer simultáneamente excepcional y polémica, una vida que puede leerse de varias maneras. En primer lugar, los interesados en la formación religiosa, las pruebas de fe, las enseñanzas de la vida cristiana y los misteriosos designios de Dios cuentan con una amplia gama de información, podría decirse que excesiva en algunos momentos, ilustrando paso a paso momentos decisivos de perfeccionamiento individual. A menudo nos tropezamos con una amplia cantidad de datos obtenidos de papeles y escritos personales, extractos de su autobiografía, numerosas cartas, entrevistas y documentos de diferentes archivos que sirvieron al autor en la elaboración del texto. En segundo lugar, los estudiosos de la historia de las misiones en territorios habitados por grupos indígenas en Colombia, y los antropólogos interesados en esos mismos grupos, también encontrarán una fuente de información importante, y a la vez controvertida, sobre la visión eclesial y gobiernista en lo referente al destino de estas comunidades, y el derecho que muchos han creído tener sobre la vida, tierra y cultura de los indígenas. Y los que simple-

mente busquen entender lo que significaba ser mujer en los comienzos del siglo XX, y más aun, ser sobresaliente, y salirse de los esquemas trazados para la época disfrutaran de la lectura de la vida de alguien que se atreve a romper moldes, que se aventura en terrenos totalmente vedados a las mujeres, y que con su tenacidad logra vencer innumerables obstáculos, dejando además un ejemplo y un legado para la posteridad. De estas tres lecturas, la religiosa es la que predomina en el libro. Lo que no sorprende, si se tiene en cuenta que ésta es la obra póstuma de un sacerdote, encomendada y publicada por la Congregación de Misioneras de María Inmaculada.

Laura Montoya Upegui nació en 1874 en Jericó de Antioquia y murió en Medellín en el año 1949. Fue la suya una vida compleja marcada por la pobreza, primero impuesta y después escogida. Siendo muy niña quedó huérfana de padre. Su madre se empleó como maestra rural circulando por diferentes pueblos de Antioquia y, como su mísero sueldo no le alcanzaba para sustentar a su familia, se vio obligada a repartir a sus hijos entre sus parientes acomodados. Laura tuvo la mala suerte de vivir con un abuelo que no la quería y a quien le molestaba su presencia. El libro nos muestra cómo estas privaciones e infortunios ayudaron a templar un carácter fuerte, rígido, austero y perseverante; es decir, con los ingredientes necesarios en la época para enfrentarse a un mundo masculino y lograr sobresalir. Sumado a esto se nota la estricta disciplina religiosa a la que se sometió, que incluía fuertes sacrificios, privaciones, golpes, castigos corporales, llegando al extremo de tatuarse una cruz en el pecho, con un cuchillo encendido al rojo vivo, que según ella misma la ayudaban a sentirse "aliviada de su dolor interior". Toma como modelo a santa Catalina de Siena, otra mujer portentosa, quien pasa a la posteridad por sus obras de caridad, sus rarezas y por su capacidad de contacto con lo impuro, lo inmundo y lo repulsivo. Adjetivos que, al aplicarse al caso de la